

en comun y á dos coros: pero no tuvo tiempo para poner en práctica estos proyectos.

10. Dábase mucha mas traza para corromper cuantos Cristianos podia con pérfidas caricias, aun abatiéndose alguna vez de un modo indecente á su dignidad. Eran en especial el blanco de este peligroso corruptor los sugetos distinguidos por sus talentos. Conocia y estimaba la familia de Gregorio, Obispo de Nacianzo, que habia sido casado antes de su episcopado; y habiendo estudiado en Atenas con uno de los hijos de Gregorio que tenia el nombre de su padre, conservó siempre la mas alta idea de su mérito extraordinario. Por esto pues hizo cuanto pudo para atraerle á la corte con su amigo Basilio, á quien profesaba igual estimacion: mas Juliano practicaba demasiado la mala idea que tanto tiempo antes habia dado de sí á estos virtuosos condiscípulos, para que quisieran formar una amistad tan dañosa.

Miraba con impaciencia por el contrario el jóven Gregorio el favor que su hermano Cesáreo gozaba en aquella corte impía. Cesáreo instruido y profundo en casi todas las ciencias se habia dedicado en particular á la medicina: pero no la egercia sino como bienhechor de la humanidad y con un desinterés tan noble, que no solo correspondia á su nacimiento sino que le igualaba con las mas escelsas condiciones. Dióle Juliano entre otras distinciones el grado de Senador, para fijarle en la ciudad imperial. Habia enviado en otra ocasion diputados al Emperador Constantino la ciudad, que de largo tiempo le estimaba del

mismo modo, pidiéndole que estableciese allí á Cesáreo: lo que hizo aquel Príncipe; y su sucesor quiso tenerle en su mismo palacio donde protegido de este apóstata, puso siempre su especial honor en cultivar la religion de sus padres.

Estos peligrosos beneficios causaban no obstante á su familia los mas vivos temores. „Nos llenas de dolor, le escribió un dia su hermano Gregorio, y al mismo tiempo nos confundes. ¡El hijo de un Obispo es cortesano del Soberano enemigo de Jesucristo! ¡Qué causa de asombro y escándalo! Mi padre está tan afligido que la vida le es gravosa. Ocultamos hasta ahora esta cruel noticia á nuestra madre, porque la acabaria el dolor.” En vista de unas representaciones tan patéticas y sensibles y para librar de mas zozobras á tan respetables parientes, dejó Cesáreo la corte, en donde vivia como hubiera podido hacerlo entre ellos, sacrificando su favor con todas sus esperanzas. Juliano habia quedado asombrado con otras mil pruebas de su amor inalterable á la fe cristiana: mas cuando el Emperador vió esta indiferencia á la fortuna y á los honores, no pudo contener su admiracion, y exclamó fuera de sí: ¡dichoso padre en tener tales hijos! ¡desgraciados hijos en tener tal padre!

11. Otros muchos hombres hubo que honraron tambien su religion. Distínguense entre tantos Proresio y Victorino. El primero era un hábil lógico de Atenas que habia sido maestro de Juliano; y el que gloriándose de padecer oprobios por Jesucristo, dejó su escuela, aunque esceptuado de la ley general que

prohibía á los Cristianos enseñar. Profesó Victorino, natural de África, la retórica en Roma con una estimacion sin egemplo antes de él. Habia tenido por discípulos á los mas distinguidos de los Senadores. En una palabra, la nombradía de este retórico fue tan grande, que pareció igual á los héroes, y como á los triunfadores se le habia alzado una estatua en la plaza de Trajano. Hasta su edad avanzada y despues de muy largas deliberaciones, no se hizo Cristiano: pero habiendo conocido y abrazado la verdad perseveró con una firmeza de todo en todo heroica, que su celebridad y el carácter de la persecucion de Juliano le daban cada dia nuevas ocasiones de señalar.

12. No obstante estos grandes egemplos, algunos Cristianos cobardes se dejaron pervertir, de los que fue el sofista Ecebolo, menos nombrado por su mérito que por su inestabilidad y por su carácter siempre estremado: pues fingió devocion en tiempo de Constanzo, fue idólatra ardiente en tiempo de Juliano, y despues de este reinado impió penitente entusiasta. Soldados ó cortesanos fueron la mayor parte de los demás apóstatas; esclavos unos de la ambicion y otros contrarios de toda sujecion, no teniendo mas ley que los caprichos del Príncipe. Juliano acudió á las invenciones mas malignas para atraer á otros muchos, hasta la de no permitir vender en los mercados de Constantinopla sino víveres ofrecidos á los ídolos, para que los fieles se viesen reducidos al hambre, ó á una especie de apostasía. Se acostumbraba que los Emperadores en algunas ocasiones elevados so-

bre su trono con pomposo aparato, hiciesen por su propia mano algunos presentes á las tropas; y en una de estas ceremonias mandó Juliano poner á su lado un altar, un brasero é incienso, queriendo que cada soldado antes de recibir su dádiva pusiese incienso en el fuego: diciéndoles, que en esto se renovaba solo una costumbre antigua é indiferente (1).

13. Conocieron algunos el lazo, sin tener valor para resistirse. El artificio no fue conocido por la mayor parte, pero reprendiéndoles despues su descuido dieron las mas vivas señales de arrepentimiento, corrieron por las calles y plazas públicas diciendo en alta voz: *somos siempre Cristianos, sépalo todo el mundo. No hemos apostatado de vos, Jesucristo Salvador adorable. Si fue sorprendida nuestra mano, el corazón no tuvo parte en ello.* Hubo algunos de tanto valor que se presentaron al Emperador, arrojando á sus pies el dinero que acababan de recibir diciéndole: „reservad vuestros dones para los que quieran aceptarlos con condiciones tan humildes, pues para nosotros son mucho mas aborrecidos que la muerte. Cortad nuestras manos manchadas con ellos, acabad con nuestra existencia, sacrificadnos á Jesucristo nuestro divino Maestro, á quien se nos ha hecho vender contra nuestra voluntad.”

14. Abandonóle con esta afrenta la filosofía á Juliano; y arrebatado de cólera y despecho mandó alejar á los Confesores para degollarles. Condujéronlos inmediatamente fuera de la ciudad, y ya el verdugo

(1) *Theodor. lib. 3 hist. cap. 16. Sozom. lib. 5. cap. 17.*

tenia la espada levantada, cuando sobrevino una orden para suspender la ejecución. ¡Ay! ¡ay! dijo uno de aquellos generosos guerreros, llamado Romano, ¡con qué no merezco el martirio! Fueron después deterrados á las estremidades del Imperio, prohibiéndoles hacer mansion en ninguna ciudad. Viéronse ejemplos de este heroismo entre los primeros oficiales. Joviano, que fue después Emperador, resistió en su cara á Juliano. El valor de Valentiniano, que subió también al Imperio, no fue menos ejemplar. Mandaba una compañía de las guardias del Emperador; y fijándole este empleo al lado del Príncipe, entró con él un día en el templo de la Fortuna. Rociaron á la multitud con ramos mojados en el agua lustral los ministros del templo, y dejaron caer algunas gotas sobre el manto de Valentiniano el que manifestó vivamente su indignacion, rasgando el manto en la parte donde habia caido el agua: lo que indignó en extremo á Juliano que le desterró con pretexto de que no tenia su tropa en buen estado. No queria que tuviese la honra de padecer por Jesucristo: mas nadie se equivocó ni engañó sobre este punto. Ni Valentiniano ni Joviano fueron privados de sus encargos, porque la política ó la necesidad de sus servicios logró mas que la venganza.

Suprimió el estandarte de Constantino llamado el *Lábaro*, monumento glorioso de la verdadera religion, cuando Juliano creyó restablecida la idolatría entre las tropas; y en su lugar puso la antigua y sacrilega bandera de la república, señal á un mismo tiempo im-

pía y cruel. Como la corte y los ejércitos adoraban en público los ídolos, creyó este Príncipe que ya no necesitaba afectar ni violentarse. Echó de las ciudades á los Obispos y á todos los Eclesiásticos, para que el público y la multitud que no puede vivir sin religion, viéndose privada del ejercicio de la verdadera, abrazase la que quedaba en uso. Mandó reedificar los templos de los dioses á espensas de los que los habian destruido en los reinados anteriores, no contento con confiscar las Iglesias; y como la ejecución era imposible de todo punto, en todas partes fueron presos los Clérigos y Obispos, se les aplicó á la tortura, y muchos fueron condenados á muerte.

Entonces hubo muchos mártires, y aun mas de los que eran el blanco del Soberano, á causa de las turbaciones y sediciones que se movian en las ciudades mas contiguas á la corte. Orgullosos los idólatras con la proteccion imperial, no guardaron medida alguna: parecia que los agitaba el demonio á quien adoraban. Los Cristianos mas relajados no pudiendo tolerar el horror de las blasfemias, y mucho menos sus injurias y befas, les respondian en el mismo tono, vituperándoles lo absurdo de su culto. Pronto vino á las manos el populacho de una y otra parte, quedando siempre impunes los sagrientos furoros de los idólatras, al paso que se castigaban severamente los mas pequeños movimientos de los Cristianos. Conferíanse de intento á los mayores enemigos del cristianismo los empleos civiles y militares. En una palabra, el celador de la idolatría tuvo suficiente arte

para llenar de confusión todo el imperio, con pretexto de libertad de religión.

15. Echaron los soldados á las llamas á Emiliano, por haber destruido los altares en Doróstoro de Tracia. Habiendo el Gobernador de Mera en Frigia dado sus órdenes para el restablecimiento de los ídolos, tres Cristianos llamados Macedonio, Teodulo y Taciano derribaron algunos por la noche y tan en secreto, que en su lugar iban á quitar la vida á varias personas de quienes sospecharon; mas los autores se presentaron acusándose á sí mismos, y entregándose espontáneamente. El Gobernador ofreció perdonarles si querían sacrificar; pero prefirieron los tormentos á la vida, y después de haber padecido toda especie de suplicios, fueron asados vivos como San Lorenzo, y su valor igualó al de este ilustre Mártir (1).

Padecieron en Pesinunte de Galacia dos jóvenes ante el mismo Juliano. Marchaba desde Constantinopla á Antioquía á la guerra de Persia, y se apartó del camino para ir á sacrificar á la madre de los dioses en su antiguo templo de Pesinunte, donde le presentaron dos jóvenes cristianos que confundieron los raciocinios enfáticos, de que se sirvió para seducirlos. Hizoles sufrir un tormento horrible, y uno de ellos despedazado del todo con las uñas de hierro, mostró á los verdugos en una de sus piernas la sola parte de su cuerpo en que no tenia herida, quejándose de que no la habian consagrado como el resto con la cruz de Jesucristo. No murió sin embargo;

(1) *Sozom. l. 5. hist. c. 11. Ruinart. act. sincer. Mart. pág. 649.*

y el historiador Rufino, que le llama Teodoto, asegura haberle conocido mucho tiempo después. Le preguntó si habia sentido el rigor de los tormentos, á lo que el fervoroso Confesor contestó, que la alegría de padecer por Jesucristo su divino Salvador le causaba tan vivo contento, que desterraba el dolor, y absorbía todos los demás sentimientos.

Martirizó Juliano á otros en diversos lugares de la Galacia, de los que el mas nombrado fue un sacerdote de Ancira llamado Basilio, como el Obispo; pero de una fe harto distinta: pues fue el principal apoyo de la sana doctrina contra los Arrianos, durante el Imperio de Constanzo. Ocupábase de continuo en tiempo de Juliano en visitar á los fieles para fortalecerlos contra el riesgo de la idolatría. Sufrió por tres diferentes veces el tormento, en cuyos dolores murió por fin. Fue tambien aplicado al tormento en la ciudad de Ancira un herege de la secta de los Encratitas llamado Busiris. Sufrió los suplicios con un heroismo que mostró claramente la fuerza milagrosa de la gracia. Cuando quisieron colgarle por los brazos segun era costumbre, para despedazarle los costados, dijo al Gobernador: *¿para qué perdeis el tiempo en colgarme y descolgarme?* Y alzando las manos sobre su cabeza añadió: *yo me tendré en esta postura todo el tiempo que querais.* Le tomaron la palabra y la cumplió, mas por la misericordia del buen Maestro en cuyo servicio nada se pierde, no murió en este espantoso tormento y mereció volver á entrar en el seno de la Iglesia Católica.

Juliano pasó de Galacia á Capadocia donde hizo tambien otros Mártires, en especial en Cesaréa. No podia sufrir á esta gran ciudad floreciente sobre todo en la piedad cristiana. Mucho tiempo antes se habian destruido los famosos templos de Júpiter y Apolo; y hacia poco que acababan de hacer lo mismo con el de la Fortuna, que era el único que restaba: por lo que castigó el tirano á toda la ciudad, privóla de este título aunque era metrópoli de una provincia muy considerable; y aun la quitó su nombre de Cesaréa que la habia dado el Emperador Tiberio, y la hizo tomar de nuevo su antiguo nombre de Maceca. Tambien la despojó de todos sus privilegios, padeciendo sus habitantes la humillacion de verse sujetos á una conscripcion: los Clérigos fueron alistados en las mas obscuras milicias, y las Iglesias así de la ciudad como del campo despojadas de cuanto tenian en muebles y en bienes raices.

16. Este Emperador dejando por do quiera rastros de su odio cruel contra el cristianismo, y tiñendo sus huellas de tiempo en tiempo con sangre cristiana, atravesó la Sicilia y llegó por fin á Antioquía. No era amado en esta capital de todo el Oriente, donde dominaban los fieles convertidos de la idolatría, y que habia sido como la cuna del cristianismo. Llevaban allí muy á mal el nombre de Galileo substituido por las órdenes del tirano al nombre Cristiano, que debia su origen á esta Iglesia. Observó con cuidado las extravagancias de Juliano el pueblo de Antioquía, malicioso, agudo y libre en sus dichos y censuras.

Eran bastante vivas las sátiras que se oían; pues decian altamente que un Emperador debia tener otros cuidados que alargar su barba, y otras funciones que las de un sacrificador; y que solo seria el mono de los héroes de la Iliada, violentando la naturaleza para prolongar su talla hinchándose y andando á pasos largos.

17. La que le pareció mas mordáz de todas estas espresiones satíricas, fue la que se dirigia contra su barba, símbolo de su filosofía. Contestó á ella en el mismo tono, y compuso con este motivo contra los ciudadanos de Antioquía la sátira que de aquí tomó el título griego de *misopogon*. Tan miserable es la egecucion, como el fondo de la obra: y es un ejemplo muy sensible de la extravagancia en que puede caer un hombre muy caviloso. Está llena de burlas indignas, ironías fastidiosas, insípidos y bajos pensamientos, con la pintura desabrida y enojosa de sus grandes uñas, de su pecho belludo, y del desaliño excesivo de su barba y de su cabellera. La acusacion mas grande que hace á la capital del Oriente, es haber tomado á Jesucristo por su Dios tutelar, en lugar de Apolo y Calíope. Hay sin embargo en esta despreciable sátira una noticia preciosa para la tradicion en el pasage donde el autor se queja de que los fieles se arrodillaban delante de los sepulcros, lo que atestigua el culto de los Mártires.

Así colmó el desprecio que inspiraba su persona con la poca dignidad que se notaba en todos sus procederes (1). Manifestaba altamente que no estimaba

(1) *Ammian. Marc. lib. 22. cap. 9.*

menos el título de Pontífice que el de Emperador. Sin cesar corría del templo de Júpiter al de la Fortuna, de este á los de Ceres y de la Amistad, y aun se alejaba de la ciudad al bosque de Dafne, consagrado á su divinidad predilecta, á saber, al dios Apolo. Diariamente y aun muchas veces al día practicaba lo que otros Príncipes de los mas devotos de la idolatría no hacian sino una vez al mes.

El nacimiento y descenso del sol los saludaba siempre con el derramamiento de sangre de las víctimas; y sacrificaba asimismo muchas veces por la noche á los demonios nocturnos (1). Ofrecialos por sus manos no contentándose con asistir á todos estos sacrificios; tenia parte en todos los oficios bajos de los subalternos, iba y venia sin cesar, partia la leña, soplabá el fuego con su boca, llevaba las víctimas, afilaba los cuchillos para degollarlas, volvía y revolvía sus entrañas sangrientas, y muchas veces estaba todo él tinto de sangre. De todas las partes del Oriente tan fecundo en fanáticos, y de todos los lugares del mundo corrían en tropas á su corte toda especie de adivinos y embusteros. El palacio estaba lleno de los mas viles artesanos, hasta de esclavos y de malhechores escapados de las minas ó del cadalso, y á quienes de improviso se veía transformados en Hierofantas y en venerables Pontífices. Despedía muchas veces el Emperador sin darles audiencia á los Magistrados y Gobernadores de las provincias, que venían de las estremidades del Imperio con motivo de los negocios

(1) *Gregor. Nazian. Orat. 4.*

de estado: y se presentaba en las calles cercado de esta burlesca comitiva separado de sus guardias y de sus oficiales, que se divertían desde lejos. Nunca le parecia mucho el tiempo que gastaba con este populacho; con el que daba grandes clamores, reía á carcajada suelta, y se divertía con sus dichos groseros, y con sus fás tidias bufonadas. Preveía San Juan Crisóstomo, que contaba estas puerilidades veinte años después, la dificultad que tendria en creerlas la posteridad (1).

Poco despues de haber arribado á Antioquía, y probablemente antes de conocer el desprecio en que habia caido allí el paganismo, pasó Juliano al arrabal de Dafne á la fiesta de Apolo que se celebraba anualmente. Pensaba encontrar en el culto y sacrificios una magnificencia digna de la capital del Oriente: pero su dolor y admiracion fueron estremados cuando no vió ni víctimas, ni incienso, ni siquiera una torta para la ofrenda: de modo que el sacrificador se vió precisado á llevar de su casa un pato para inmolarle. El Emperador para mover la devocion arengó; pero ni el Senado ni el pueblo se hicieron por esto mas liberales.

18. Tuvo por el contrario el arengador el disgusto de ser ocasion de la conversion del hijo de un sacrificador. Sintióse este jóven de repente movido por la gracia, despues de haber rociado con agua lustral la comida que se servia al Príncipe; y huyó de Dafne á Antioquía que distaba dos leguas, en donde su

(1) *Chrysost. Orat. 2. in S. Babyl.*

primer cuidado fue buscar una Diaconisa, amiga de su madre, y que muchas veces le habia exhortado á que se hiciese Cristiano. Al momento le llevó al santo Obispo Melecio, que habia vuelto á su Iglesia como todos los Prelados desterrados por Constanzo: mas á pesar del cuidado que se puso en ocultarle, le descubrió su padre y le llevó á su casa. Descargó sobre su hijo este idólatra furioso los mas crueles azotes; y despues habiendo hecho calentar agujas en el fuego se las metió en los pies, en las manos, por toda la espalda, y le encerró estrechamente en su aposento. El jóven confesor nada perdió de su firmeza, y halló medio de evadirse otra vez. Teodoreto que cuenta esta historia, dice que las puertas del cuarto donde le habian encerrado, se abrieron por sí mismas á tiempo que oraba, y que volvió á buscar á la Diaconisa que le vistió de muger, le llevó en su litera, y le presentó de nuevo á San Melecio. Púsose en camino la noche siguiente con San Cirilo de Jerusalem, que estaba en Antioquía y que apresuró su partida por su causa. El jóven Cristiano convirtió al sacrificador su padre, despues de la muerte del Emperador Juliano. El historiador asegura haber sabido todo esto del hijo mismo que se lo refirió en su ancianidad (1).

19. Mas satisfecho quedó el Emperador de las ciudades cercanas que de Antioquía. Muchas á la primera orden restablecieron los templos; demolieron los sepulcros de los santos Mártires, é hicieron toda especie de injurias á los fieles. Odiaban los Gentiles al

(1) *Theodor. lib. 3. hist. cap. 14.*

Obispo de Aretusa, mucho mas por haber procedido vigorosamente contra ellos en el último reinado. Llamábase Marcos, y habia pertenecido al partido Arriano ó Semiariano; pero las alabanzas con que le elogia San Gregorio Nacianceno, que podia conocerle bien, no nos dejan dudar que se convirtió á la comunión de la Iglesia. Prendiéronle en tumulto, y le arrastraron en las calles por los cabellos, sin mas respeto á sus canas que á su mérito: los azotes fueron tan crueles que la sangre corria con abundancia de su cuerpo. Tiráronlo despues en una cloaca, de la cual fue sacado á corto rato para egercer con él otra especie de crueldad mas inicua: pues le entregaron á la petulancia de una multitud de muchachos, escitándolos á cortarle y hacerle tajadas todos los miembros con sus instrumentos de escribir. Comprimiéronle las piernas hasta los huesos con cuerdas delgadas, y con un hilo le cortaron las orejas: despues de lo cual le untaron con miel, y en un tejido de mimbres abierto por todas partes y colgado del aire fue espuesto al sol para atraer sobre sí enjambres de moscas. Confundió este valeroso viejo á sus perseguidores con su invencible paciencia: de modo que, avergonzados por último de su furor, le dejaron libre, y muchos de ellos quisieron ser instruidos por él mismo en las verdades de la Religion.

20. Llegó la impiedad de los infieles de Sebaste en Palestina hasta violar el sepulcro de San Juan Bautista, que era muy venerado. Sacaron los huesos y los quemaron despues de mezclarlos con otros de di-